CAPÍTULO XXII.

Los teólogos distinguen entre la gracia santificante y la gratisdata, diciendo que todas las gracias que se nos dán por nuestra propia utilidad para que nos hagamos mas gratos á Dios, y nos unamos mas íntimamente con él, se llaman gracias santificantes ó gratificantes: *Gratum facientes;* por lo cual no se cuentan entre las gratis datas: y que estas son las que recibimos para trabajar en la salvacion del prójimo. A todos es necesaria para ser santos la gracia santificante, y será mas santo quien mas la posea. Pero pueden tenerse gracias gratisdatas ó gratuitas, sin ser santo.

Prévia esta dilucidacion, es mas fácil responder á la pregunta de si María reunió en su persona todas las gracias gratis datas, además de la inmensidad de su gracia santificante. Hablando absolutamente y sin mas exámen, sobran razones para afirmar que las poseyó todas de un modo mas perfecto que todos los santos, si se esceptua á nuestro divino Salvador. Baste por todas ellas la siguiente. Quien recibe gracias para emplearlas en beneficio espiritual del prójimo, se cree que ha recibido gracias gratuitas; y como nadie las recibió tan abundantes en pro del humano linaje como la Santísima Vírgen, pues produciéndonos al Salvador del universo, contribuyó á la salvacion de los mortales mas que todos los ángeles, mas que todos los patriarcas, profetas, apóstoles, confesores, doctores y mártires de la ley antigua y nueva, síguese que en mas abundancia que todos ellos poseyó las gracias gratuitas.

Mas descendamos á algunos pormenores, é indaguemos si realmente poseyó todas las gracias gratuitas, que resplande-

cieron en otros santos. El Apóstol de las naciones en la epístola á los Corintios señala hasta nueve especies, que segun él distribuye el Espíritu Santo á diferentes personas. Unos, dice, reciben el espíritu de sabiduría, otros el espíritu de ciencia, otros el don de fe, otros la gracia de restituir la salud á los enfermos, otros la de obrar milagros, algunos el don de profecía, otros el discernimiento de los espíritus, otros el don de lenguas, y otros la inteligencia para interpretar fácilmente la sagrada Escritura.

Santo Tomás, á quien sigue en esto la mayor parte de los teólogos, tiene por indudable que nuestra divina Madre las tuvo todas, al menos en hábito, y que aun poseia en acto las que no repugnaban á su sexo y condicion, conviniendo al ministerio sublime á que Dios la destinaba. Fijemos la atencion en sus palabras. «No debemos dudar, nos dice, que la Santísima Vírgen haya recibido superabundantemente el don de sabiduría y la virtud de obrar milagros, como tambien el espíritu de profecía; sin embargo no recibió el uso de todas las gracias gratuitas, siendo este un privilegio que solo á Jesucristo pertenece: solamente ejerció las que á su condicion convenian: recibió por ejemplo el uso del don de sabiduría para sostenerse y confirmarse en sus contemplaciones sublimes, pero no tuvo facultad para emplearlo en predicar públicamente el Evangelio, porque no era conveniente á su sexo. Poseia la gracia de obrar milagros, mas no hizo uso de ella, principalmente mientras Jesus enseñaba, porque convino que él solo hiciese milagros en confirmacion de su doctrina, y esto debia reservarse á los que él mismo enviaba á predicarla al pueblo como á sus Apóstoles y discípulos.» En efecto, ¿de dónde nace que no hizo ningun milagro el gran precursor San Juan Bautista, y que tampoco hizo ninguno la Santísima Vírgen durante la vida de nuestro Señor? A fin de que, responde Santo Tomás, no se dividiese entre varias personas la atencion de los pueblos, y solo para Jesucristo tuviese ojos y oidos.

Tuvo pues la Señora en altísimo grado el don de sabiduría, es decir, un sublime conocimiento de los misterios de la Di-

vinidad y de toda la economía de la redencion del mundo, de modo que nadie profundizó tanto como ella en las virtudes divinas.

Despues de la Ascension del Señor, fué María el segundo sol de la Iglesia. San Ignacio mártir, San Anselmo y otros varios aseguran que instruia á los Apóstoles y les revelaba muchos misterios que no comprendian : *Multa Apostolis per Mariam revelabantur.* (Anselm. l. de excellentia Virg. c. 7). De todas partes se le consultaba sobre los puntos mas difíciles, y á ella se dirigian para alcanzar la inteligencia de las palabras é intenciones del divino Maestro, como á quien perfectísimamente las sabia. Era la doctísima maestra de los Apóstoles y de toda la Iglesia católica, como la llama San Anselmo : *Ecclesiæ et Apostolorum doctricem, et sapientissimam magistram.* (Idem l. de concep. Virg. c. 27).

Aunque María por su sexo no tuvo autoridad para enseñar en público como los Apóstoles, ni para presidir como los prelados en las asambleas; sin embargo, instruia y decidia mas que todos ellos privadamente. Nadie se le acercaba sin que de ella se separára mas instruido en el conocimiento de Dios. Servíale además el don de sabiduría en su contínua contemplacion. Era un astro que jamás se eclipsaba, astro siempre iluminado é iluminante, que recibia incesantemente las luces del sol divino y las comunicaba al mundo con sus ejemplos y palabras.

Dice Ruperto Abad que los Apóstoles la miraron siempre como á su oráculo, y que sin embargo de que estaban llenos del Espíritu Santo, consultábanla muchas veces, como si en ella hubiesen hallado un comentario vivo de todas las palabras del Evangelio. Aun hoy vemos que los predicadores ejerciendo el ministerio de los Apóstoles, recurren á ella como á la mas sábia intérprete de los divinos oráculos, que han de esponer al pueblo, rezando el *Ave Maria* al principio de sus sermones, y haciéndola rezar á su auditorio con el mismo fin. ¡Cuántos doctores célebres, cuántos insignes predicadores le debe la Iglesia! Sabido es el prodigio que obró con San Alberto magno, haciéndole admirable por su

sabiduría, y que hizo lo mismo con el Abad Ruperto, que cuando jóven era tan negado que nada aprendia en ciencia alguna, y luego vino á ser el asombro de su siglo. No acabariamos nunca si hubiésemos de señalar las muchas y brillantes lumbreras, que ha encendido en el firmamento de la Iglesia. Dígalo San Bernardino de Sena, el cual teniendo un impedimento natural en la lengua, y tal ronquera que no le era posible predicar, llegó á ser oráculo de predicadores y magnífico ornamento del órden seráfico, por favor de María, que no solo le curó instantáneamente, sino que tambien le llenó de los raudales de luz divina, que admiramos en sus escritos.

San Buenaventura la consideraba como esas lámparas, que están ardiendo dia y noche delante del Santísimo Sacramento, las cuales nunca dejan de iluminar nuestros templos; y al modo que ellas suministran la luz cuando se trata de encender los cirios para la celebracion de los divinos misterios, así la Vírgen derrama abundancia de luces á toda la Iglesia cristiana; el Señor la tiene espresamente en su casa como antorcha de luz inestinguible para iluminar y abrasar en su purísimo fuego á sus siervos hasta la consumacion de los siglos : *Ipsa est lucerna Ecclesiæ ad hoc destinata á Deo.*

¿Qué se entiende por don de fe? ¿Es acaso la virtud teologal, que se nos dá para creer todos los misterios de la religion cristiana? No; no es esta una gracia gratuita, porque es absolutamente necesaria para la salvacion de quien la recibe. ¿Será acaso esa fe obradora de milagros, de la cual decia Jesucristo, que si la tuviésemos transportariamos con ella las montañas? No; aunque es cierto que la virtud de obrar milagros es una gracia gratuita, no es precisamente el don de fe. ¿Pues en qué consiste? Santo Tomás enseña que es un talento particular para persuadir fácilmente las verdades de la fe, el cual supone que quien la posee esta firmemente persuadido de ella, y es una gracia que Dios suele derramar en los labios de los predicadores y de la cual proveyó copiosamente á los Apóstoles al enviarles á predicar el Evangelio por la redondez del orbe.

No cabe duda en que María tuvo este don precioso en un grado mas perfecto que los Apóstoles, pues sin hacer gran caso de la piadosa creencia de los que sostienen que convertia instantáneamente á la fe á cuantos hablaba; ¿nó tenemos en el Evangelio una prueba evidente cuando alcanzó de Jesus el primer milagro en favor de los convidados á las bodas de Caná? ¿Nó mostró la firmeza de su fe cuando sufrió aquella aparente repulsa de su santísimo Hijo: *Quid mihi et tibi, mulier;* y esto no obstante creyó firmemente que él obraria el milagro que le pedia? Mas lo que sobre todo dió á conocer que tenia el don de fe y la facilidad de insinuarla en otros, fué que apenas dijo á los sirvientes de la casa que podian esperar el milagro, é hiciesen lo que Jesus les diria, pudo hacerlo creer en el acto, aunque ellos no veian indicio alguno.

¿Y á la Reina de los Santos habia de faltar el don de hacer milagros? No se estrañe la pregunta: sé que toda la Iglesia está llena de sus milagros: sé que no hay reino ni provincia en el mundo cristiano en que no haya muchas iglesias y capillas célebres por el insumable número de milagros, que en ellas ha obrado y obra todos los dias; pero nada de esto prueba que tuviese en vida el don de hacer milagros, pues sus infinitos prodigios son posteriores á su gloriosa asuncion. La cuestion versa sobre si tuvo verdaderamente el don de hacer milagros mientras vivió sobre la tierra.

No hallamos en la sagrada Escritura ningun milagro suyo, ni de San Juan Bautista. Santo Tomás parece que es de opinion que no convenia que hiciese ninguno durante la vida de Nuestro Señor, para que la divina omnipotencia no resplandeciera mas que en él y en los que él mismo enviaba á convertir las naciones. Pero aunque el Santo no conceda que haya tenido el uso del don de hacer milagros, no niega que haya tenido este don ni que usase de él despues de la Ascension del Salvador. San Juan Damasceno la llama un abismo de milagros; y Metafraste escribiendo su *Vida*, dice que en el momento que espiró se obró al rededor de su cuerpo tal multitud de prodigios que no era posible contar.

En cuanto al punto de la cuestion, que es si hizo ó no algun milagro durante su vida, nada podemos asegurar. Algunos creen con mucha probabilidad que los hacia en la infancia de Jesus, principalmente en su viaje á Egipto cuando era necesario para el bien de su divino Infante y despues de su ascension á los cielos para confirmar la fe que los Apóstoles predicaban, y afirmar la Iglesia naciente. Pero todo esto no pasa de una creencia piadosa.

En cuanto al don de profecía, no puede dudarse que lo tuvo Nuestra Señora, pues toda la Iglesia vé y admira la profecía que hizo de sí misma en su cántico *Magnificat*, viendo en espíritu los honores que le tributarian los ángeles y los hombres mientras exista el universo. Esto es lo que propiamente se llama profecía, ver las cosas futuras antes que sucedan. Profetizó que todas las generaciones la llamarian dichosa en vista de su eminente dignidad de madre de Dios: *Ex hoc beatam me dicent omnes generationes.* Los siglos pasados y el siglo presente son testigos del cumplimiento de esta célebre profecía.

Veamos si igualmente tenia las otras gracias gratuitas, como el don de lenguas, la discrecion ó el discernimiento de los espíritus. Este consiste en una prudencia cristiana, que no está sujeta á ser engañada ni por artificios humanos, ni por la sutileza de las tentaciones, ni por las ilusiones del demonio, ni por la hipocresía de los herejes, ni por las falsas apariencias de una virtud fingida: es una luz que penetra al través del disimulo y de la mentira, como el sol por la nube, y en el fondo del alma descubre las mas ocultas verdades: es una participacion de la infinita sabiduría divina, que conoce perfectamente los secretos de los corazones. Así descubrió San Benito que no era el rey Totila aquel personaje de su corte, que por órden suya iba haciendo papel de monarca.

Siendo regla general aprobada por los teólogos que las gracias que Dios ha concedido á algunos de sus siervos no las ha negado á su propia Madre; bastaria decir: la gracia de la discrecion de los espíritus la han tenido algunos Santos;

luego infaliblemente la tuvo Nuestra Señora. Bien claramente lo mostró cuando el ángel vino á saludarla y anunciarle de parte de Dios que seria madre del Hijo del Altísimo. Otra que no tuviese la gracia del discernimiento de los espíritus, hubiera creido que era un demonio transfigurado en ángel de luz; hubiérale tenido por un tentador al oirle decir que seria madre habiendo ella hecho voto de virginidad, que seria madre de Dios la que se reputaba por vilísima esclava; pero tenia la gracia de la discrecion de los espíritus; y en un momento de reflexion sobre las palabras de aquel embajador conoció que era un ángel del Señor; y lo que es mas, segun la opinion de algunos Santos Padres, vió la esencia y la sustancia espiritual del ángel al través de los velos del cuerpo estraño con que venia encubierto aquel príncipe de la gloria. Tenia pues la Señora la gracia de la discrecion de los espíritus, y la tenia en el mas alto grado de perfeccion.

Tocante al don de lenguas, parece que no es necesario á su sexo, el cual no está ciertamente destinado á predicar ni á enseñar la fe. El mismo Santo Tomás no se ha esplicado acerca de esto, ni ha decidido si tuvo ó dejó de tener el don de lenguas. Por una parte se vé en el Evangelio que habló poquísimo, y no se halla ningun testimonio de que hubiese hablado mas lengua que su idioma nativo. Por otra, como no debemos creer que Dios le haya negado ninguna de aquellas gracias que á otros Santos ha concedido, tambien parece muy creible que la privilegiada Esposa del Espíritu Santo tuviese el don de lenguas igualmente que los Apóstoles, á lo menos en el hábito, y en cuanto á la potencia de hablar todas las lenguas como ellos si le hubiese sido necesario. Esta probabilidad que Santo Tomás y otros, que le han seguido, vén por una y otra parte, los ha mantenido en un modesto silencio sin decidir nada.

Sin embargo el celo de algunos otros como de un Alberto el grande y de un San Antonino les hizo avanzar algunos pasos mas en esta senda, y escribieron ser cosa casi segura que recibió ella el don de lenguas igualmente que los Apóstoles, no solo en cuanto al hábito, sino tambien en cuanto al uso, y

que esta gracia le fué necesaria en muchas ocasiones. Por ejemplo, cuando los Magos fueron desde el Oriente á adorar al niño Jesus en la cueva de Belen, ¿nó era preciso que entendiese su idioma y lo hablase para responderles? Cuando fué á Egipto por salvar á su divino Infante de la persecucion de Herodes, y permaneció allí por espacio de siete años, segun la opinion mas seguida, ¿por ventura nó le era necesario entender y hablar el idioma de aquellos paises? Además ¿nó es muy probable que despues de la Ascension del Señor, cuando la fe empezaba á dilatarse en las regiones mas remotas, muchos viniesen de lejos á ver y á honrar á la Madre de su Dios? ¿Qué estraño es que los que la reverenciaban como á Madre del Hijo de Dios, sabedores de que aun vivia sobre la tierra y de que era un prodigio celestial, como la llamaban San Ignacio mártir y San Dionisio Areopagita; qué estraño es que muchos de los principales y de los mas espirituales viniesen de lejanos paises á recrear santamente sus ojos con la vista de este gran milagro, y á oir los oráculos de aquella boca divina? Es pues indudable que entonces le era preciso el don de lenguas para entenderles y hablarles.

Sea lo que fuere de esto, menester es no desviarse de aquella doctrina segurísima de que esta Madre admirable es el centro de todos los beneficios divinos; que habiendo Dios elegido su casto seno para depositar en él el tesoro donde están las riquezas todas : *In quo sunt omnes thesauri*, tambien puso en ella el rico depósito de todas sus gracias. Admiremos pues á María como el gran don de los dones de Dios, debiendo hacer de ella un aprecio altísimo sobre todo lo que no es Dios. Preciso es confesar con Gerson que ella sola constituye una gerarquía aparte, inferior á Dios, y superior á todo lo que no es Dios.

¡Oh divina María! ¿Quién concebirá una idea cabal de vuestra grandeza? Ni aun á los querubines es dable comprenderos. ¡Oh Madre de mi Dios! Aunque para amaros formasen un solo corazon todos los hombres y ángeles, ¿serian capaces de amaros cuanto mereceis? Solo Dios, Reina mia, solo Dios os ama segun vuestro merecimiento. ¡Oh Madre

de misericordia, oh refugio de pecadores! ¿Cómo es posible que nos escedamos en amaros? ¿Cómo es posible que se nos tache de tener para con vos escesivo respeto ó escesiva ternura? ¿Cómo es posible que se recurra á vos demasiado y se confie demasiado en vos? ¿Nó sois la Madre de nuestro Salvador, aquella á quien él mismo tuvo tanto respeto y amó con tan dulce ternura? Venid, seráfico San Buenaventura, decidnos y hacednos repetir estas vuestras palabras llenas de uncion y de celo ardoroso: ¡Oh grande! ¡Oh piadosa! ¡Oh María dignísima de alabanza! Es imposible pronunciar vuestro nombre sin que se abrase el corazon, ni pensar en vos sin que el alma de vuestros amantes rebose de alegría, ni acordarse de vos, sin que el amor de vuestro Hijo venga juntamente con vos (1).

CAPÍTULO XXIII.

¿Os acordais, Vírgen Santísima, de la profecía, que Simeon os hizo en el templo de Jerusalén cuando os vió presentar vuestro Hijo al Padre Eterno? Notó aquel anciano que vuestros brazos levantados á lo alto ofrecian á vuestro amado Niño, como si vos misma hubierais querido ser la cruz primera en que la víctima adorable habia de inmolarse por la salud de todos los pecadores, y os profetizó lo que os ha sucedido. Os

(1) *Oh magna! Oh pia! Oh multum laudabilis Virgo María! Nec nominari potes quin accendas, nec cogitari quin recrees affectus diligentium te, tu nunquam sine dilectione tibi insita memoriæ portas ingrederis.* (Bonav. In speculo, c. 8).

veia ya en espíritu donde ahora os veo yo sobre el Calvario al Hijo y á la Madre enclavados en una misma cruz, padeciendo los mismos dolores, ofreciendo á Dios el mismo sacrificio, él con la efusion de la sangre de su cuerpo, y vos con la efusion de la sangre de vuestro corazon, y ambos cooperando juntos y de un modo admirable á nuestra redencion.

Aquel santo anciano, que representaba la majestad de Dios reinante en su templo, os notificó desde entonces la sentencia de vuestro sacrificio, el cual despues se ha consumado en el Calvario por el amor y la muerte á este fin reunidos, y por tanto os dijo aquellas palabras tan llenas de misterios: *Tuam ipsius animam pertransibit gladius*, una misma espada de dolor atravesará vuestra alma que es el alma de Jesus, y esta misma espada de dolor traspasará el alma de Jesus que es la vuestra; una y otra que no son mas que una sola, serán traspasadas por el mismo golpe. En verdad que este discurso parece algo oscuro; pero aquí cabalmente se vé uno de los secretos del amor, los cuales son admirables y casi desconocidos.

Los que con mas detenimiento han estudiado la índole de este rey de todas las pasiones del corazon humano, dicen que no hace mas que robar y restituir, dar la muerte y resucitar, despojar y revestir, atormentar y consolar; pero siempre restituye doble de lo que ha robado, vuelve dos vidas por una que haya quitado, dá doble riqueza al que ha empobrecido, y siempre hace redundar el consuelo donde abundó la tristeza.

Cuando una alma es de tal suerte la misma en dos personas que recíproca y perfectamente se aman, cuando á ambas pertenece por igual, todo les es comun, los bienes y los males, la alegría y la tristeza, los dolores y las satisfacciones, la vida y la muerte: nada hallaréis en la una, que tambien ne lo veais en la otra; ved aquí la índole del amor. Ahora bien, es positivo que si alguna vez se ha visto á dos personas en semejante estado, ha sido á Jesucristo y á su Madre santísima: no tienen mas que una alma: son dos personas, á las cuales la naturaleza dió una alma á cada una; pero el amor